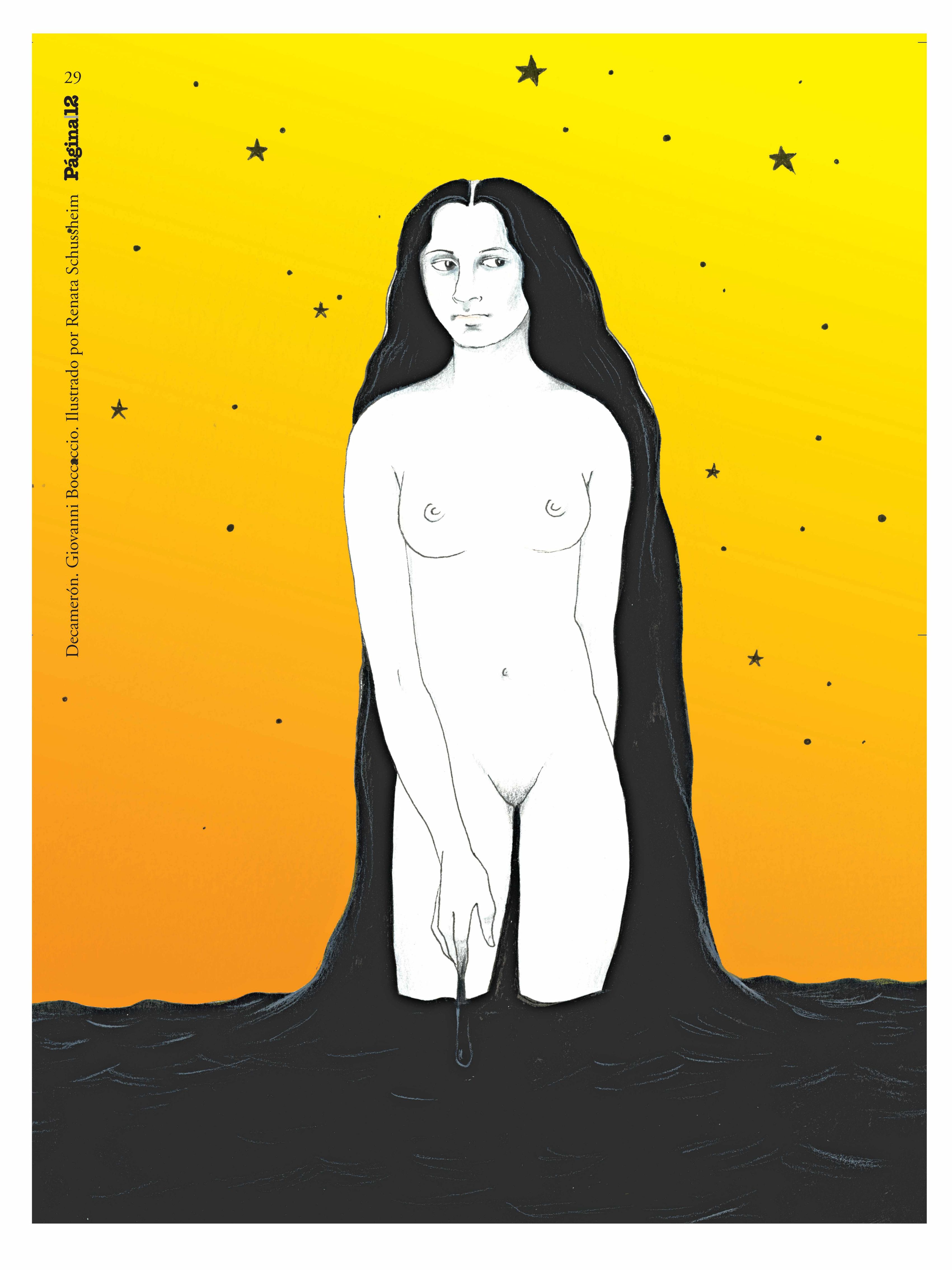


Decamerón. Giovanni Boccaccio. Ilustrado por Renata Schussheim

Y casi por completo entumecido, como pudo se volvió a su casa; donde, estando cansado y muerto de sueño, sobre la cama se echó a dormir y se despertó casi por completo impedido de brazos y piernas; por lo que, mandando por un médico y contándole el frío que había pasado, a su salud hizo proveer. Los médicos, con grandísimas y rápidas curas ayudándolo, poco tiempo después pudieron curarle los nervios y hacer de tal manera que se distendiesen; y si no hubiese sido porque era joven y porque llegaba el buen tiempo, mucho habría tenido que soportar; pero de nuevo sano y fresco, guardando dentro de sí su odio, se mostraba mucho más que nunca enamorado de su viuda. Ahora, sucedió después de cierto tiempo que la fortuna le proporcionó ocasión de poder satisfacer su deseo al escolar. Porque habiéndose el joven amado por la viuda (sin tener ninguna consideración al amor que ésta le tenía) enamorado de otra mujer, y no queriendo ni poco ni mucho decir ni hacer nada que fuese de su agrado, ella en lágrimas y amargura se consumía; pero su criada, que gran lástima sentía por ella, no encontrando modo de apartar a su señora del dolor sentido por el perdido amante, viendo al escolar que del modo acostumbrado pasaba por el barrio, dio en un necio pensamiento, y fue que se podría obligar al amante de su señora a amarla como antes hacía con alguna operación nigromántica y que en ello el escolar debía ser gran maestro; y se lo dijo a su señora. La señora, poco discreta, sin pensar en que, si el escolar hubiese sabido de nigromancia la habría usado en su propio provecho, dio oídos a las palabras de su criada y prontamente le dijo que le preguntase si quería hacerlo y con seguridad le prometiese que, en recompensa, ella haría todo lo que él quisiera. La criada hizo la embajada bien y diligentemente; y oyéndola el escolar, todo contento dijo:
–Alabado seas, Dios mío; ha llegado el momento en que con tu ayuda podré castigar a esa malvada mujer por las injurias que me ha hecho en recompensa del gran amor que le tenía.
Y dijo a la criada:
–Dirás a mi señora que no sufra por eso, que si su amante estuviera en la India se lo haría yo venir prestamente a pedirle gracia de lo que contra su gusto hubiera hecho; pero lo que tiene que hacer entiendo decírselo a ella cuándo y dónde más le plazca, y díselo así y confórtala de mi parte.
La criada dio la respuesta y se arregló de manera que se viesen los dos en Santa Lucía del Prado. Viniendo allí la señora y el escolar, y hablando ellos dos solos, no acordándose ella de que casi lo había llevado a él a la muerte, le contó abiertamente todas sus cosas y lo que deseaba, y se lo rogó por su salvación; y el escolar le dijo:
–Señora, es verdad que entre las demás cosas que yo aprendí en París estuvo la nigromancia, de la que por cierto sé bien lo que es; pero porque ofende a Dios muchísimo, había jurado nunca ponerla en obra ni para mí ni para otros. Pero es verdad que el amor que os tengo es tan fuerte que no sé cómo pueda negarme a nada que queráis que haga; y por ello, aunque por ello deba ir a la casa del diablo, estoy dispuesto a hacerlo puesto que os place. Pero os recuerdo que es cosa más molesta de hacer de lo que por ventura pensáis, y máximamente cuando una mujer quiere recuperar el amor de un hombre o un hombre el de una mujer, porque esto no puede hacerlo sino la misma persona a quien le interesa, y para hacerlo hace falta que quien lo haga sea de ánimo valiente porque hay que hacerlo de noche y en lugares solitarios y sin compañía, las cuales cosas no sé si estáis dispuesta a hacerlas.
A quien la señora, más enamorada que prudente, repuso:
–Amor me espolea de tal manera que no hay ninguna cosa que no hiciese por recuperar a aquel que me ha abandonado sin deberlo; pero, si te place,

dime en qué tengo que ser valiente.
El escolar, que con mal pelo tenía la cola marcada, dijo:
–Señora, tendré que hacer yo una imagen de estaño en nombre de aquel a quien deseáis recuperar, la cual cuando os la haya enviado, vos, cuando esté la luna menguante, debéis bañaros con ella siete veces en un río de aguas corrientes, completamente desnuda y sola a la hora del primer sueño, y después, estando así desnuda, tenéis que subiros a un árbol o en lo alto de alguna casa deshabitada: y mirando hacia el norte con la imagen en la mano, siete veces diréis algunas palabras que os daré escritas, y cuando las hayáis dicho, vendrán hacia vos dos damiselas de las más hermosas que nunca hayáis visto, y os saludarán y placenteramente os preguntarán lo que queréis que hagan. A éstas debéis decirles bien y plenamente vuestros deseos; y guardaos de que digáis una cosa por otra; y cuando lo hayáis dicho, ellas se irán y vos podréis bajar al lugar donde hayáis dejado vuestras ropas y vestiros y volver a casa. Y tened por cierto que no estará mediada la noche siguiente cuando vuestro amante, llorando, vendrá a pediros gracia y perdón; y sabed que desde aquel momento en adelante no os dejará nunca por ninguna otra.
La señora, oyendo estas cosas y prestándoles completa fe, pareciéndole que a su amante tenía ya en los brazos, ya medio contenta, dijo:
–No os preocupéis, que estas cosas muy bien las haré; y para ello tengo la mayor comodidad del mundo, que tengo una tierra hacia el Valdarno de arriba, que está bastante cerca del río, y ya estamos casi en julio, que será agradable bañarse. Y también me acuerdo que no lejos del río hay una torrecilla deshabitada salvo que, por algunas escalas de palos de castaño que hay allí, suben de vez en cuando los pastores a un terrado que tiene, para ver si descubren desde allí a sus animales extraviados, lugar muy solitario y a trasmano al cual yo subiré, y allí lo mejor del mundo espero hacer lo que mandéis.
El escolar, que muy bien conocía el lugar de la señora y la torrecilla, contento de cerciorarse de su intención, dijo:
–Señora, yo no he estado nunca en esas comarcas, y por ello no conozco la tierra ni la torrecilla; pero si es tal como decís no puede haber nada mejor en el mundo; y por ello, cuando sea oportuno os mandaré la imagen y la oración; pero mucho os ruego que, cuando hayáis satisfecho vuestro deseo y veáis que os he servido bien, que os acordéis de cumplir la promesa que me habéis hecho.
A quien la señora le contestó que lo haría sin falta; y tomando licencia de él se volvió a su casa. El escolar, alegre de que su plan parecía que iba a llevarse a efecto, hizo una imagen con sus características y escribió un invento suyo en lugar de una oración; y cuando le pareció oportuno la mandó a la señora, y le mandó a decir que a la noche siguiente sin más dilación debía hacer lo que le había dicho; y luego, secretamente, con un criado suyo se fue a casa de un amigo que muy cerca vivía de la torrecilla, para poder llevar a cabo su proyecto. La señora, por otra parte, con su criada se puso en camino; y al llegar la noche, fingiendo que se iba a la cama, mandó a la criada a dormir, y a la hora del primer sueño, de casa calladamente saliendo, se fue a la torrecilla junto a la ribera del Arno, y mirando mucho a su alrededor, no viendo ni sintiendo a nadie, despojándose de sus ropas y escondiéndolas bajo unas malezas, siete veces se bañó con la imagen y luego, desnuda, con la imagen en la mano hacia la torrecilla se fue. El escolar, que a la caída de la noche, con su criado entre los sauces y los demás árboles cerca de la torrecilla se había escondido y había visto todas aquellas cosas pasándole ella al lado así desnuda, y viéndola con la blancura de su cuerpo vencer las tinieblas de la noche, y mirándole luego el pecho y las otras partes del cuerpo, y viéndolas hermosas y pensando cómo iban a estar en poco tiempo,

sintió alguna lástima de ella; y por otra parte, el aguijón de la carne le asaltó súbitamente e hizo levantarse a quien estaba echado, y lo animaba a salir del escondite e ir a ella y hacer su gusto; y estuvo a punto de ser vencido por la una y el otro. Pero acordándose de quién era él y cuál fuese la ofensa recibida y por qué y de quién y encendiéndose por ello nuevamente en odio, echando de sí la compasión y el carnal apetito, mantuvo firme su propósito y la dejó ir. La señora, subiendo a la torre y vuelta hacia el norte, comenzó a decir las palabras que el escolar le había dado; el cual poco después, entrando en la torrecilla, silenciosamente y poco a poco quitó la escala por la que se subía al terrado donde la señora estaba, y luego esperó a ver qué decía y hacía ella. La señora, siete veces dichas sus oraciones, comenzó a esperar a las dos damiselas y tan larga fue la espera que, sin contar con que sentía mucho más fresco del que habría querido, vio aparecer la aurora; por lo que, triste de que no hubiese sucedido lo que el escolar había dicho, se dijo:
«Temo que éste haya querido darme una noche como la que yo le di a él; pero si por ello me ha hecho esto mal ha sabido vengarse porque no ha sido ni la tercera parte de larga de lo que fue la suya; sin contar con que el frío fue de otra clase».
Y para que el día no la cogiese allí, fue a bajar de la torre, pero se encontró con que la escala no estaba allí. Entonces, casi como si el mundo bajo los pies le hubiese fallado, le desapareció el valor; y, vencida, cayó sobre la tierra apisonada de la torre. Y luego de que le volvieron las fuerzas, míseramente comenzó a llorar y a quejarse, y demasiado bien conociendo que aquello tenía que ser obra del escolar, comenzó a apesadumbrarse de haber ofendido al prójimo, y luego de haberse fiado demasiado de aquel a quien merecidamente debía tener por enemigo: y en eso pasó larguísimo tiempo. Luego, mirando si había alguna manera de bajar y no viéndola, recomenzó el llanto Y dio en un amargo pensamiento, diciéndose a sí misma:
«Oh, desventurada, ¿qué dirán tus hermanos, tus parientes y vecinos y en general todos los florentinos cuando sepan que has sido encontrada desnuda? Tu honestidad, está contenta, se verá que era falsa; y si a estas cosas quisieras encontrar excusas mentirosas (que las habría), el maldito escolar, que sabe todos tus asuntos, no te dejará mentir. ¡Ay, mísera de ti, que en una hora habrás perdido al mal amado joven y tu honor!»
Y luego de esto sintió tanto dolor que casi estuvo por arrojarse desde la torre a tierra; pero habiendo ya salido el sol y acercándose ella un poco más a una de las partes del muro, mirando a ver si algún muchacho por allí con sus animales se acercase a quien pudiera ella mandar por su criada, sucedió que el escolar, habiendo dormido un poco junto a unas matas, al despertar la vio, y ella a él; a la cual el escolar dijo:
–Buenos días, señora, ¿han venido ya las damiselas?
La señora, viéndolo y oyéndolo, volvió a llorar fuertemente y le rogó que viniese junto a la torre para que pudiera ella hablarle. El escolar fue en esto muy cortés. La señora, echándose bocabajo sobre el terrado, sólo asomó la cabeza a su repecho, y llorando dijo:
–Rinieri, si yo te di una mala noche, puedes estar seguro de haberte vengado bien, porque aunque estemos en julio, estando desnuda me he creído yo congelar esta noche; sin contar con que he llorado tanto el engaño que te hice y mi necedad en creerte que es maravilla que los ojos no se me hayan caído de la cara. Y por ello te ruego, no por amor a mí, a quien no debes amar, sino por amor tuyo, que eres noble, que te contente, en venganza de la injuria que yo te hice, lo que hasta este punto me has hecho, y haz que me den mis ropas y que pueda bajar de aquí, y no quieras quitarme lo que después, aunque quisieras, no podrías devolverme, es decir, mi honra; que, si aquella noche te privé de estar conmigo, siempre que te sea grato puedo devolverte ciento por una. Bástete, pues, esto y como hombre valeroso ten por bastante haberte podido vengar y habérmelo hecho conocer; no quieras probar tus fuerzas con las de una mujer: ninguna gloria es para un águila haber vencido a una

paloma; así pues, por el amor de Dios y por tu honor, compadécete de mí.
El escolar, con duro ánimo pensando en la injuria recibida y viéndola llorar y rogarle, a la vez sentía placer y desagrado en el ánimo: placer por la venganza que más que ninguna otra cosa deseado había, y desagrado sentía al moverlo su humanidad a compadecer la miseria. Pero no pudiendo su humanidad vencer a la fiereza de su apetito, repuso:
–Doña Elena, si mis ruegos, que en verdad no supe bañar en lágrimas ni hacerlos melosos como tú sabes hacer los tuyos, me hubiesen impetrado, la noche que en tu patio lleno de nieve me moría de frío, haber sido puesto por ti un poco al abrigo, fácil cosa me sería ahora complacer los tuyos; pero si tanto más que en el pasado te ocupas ahora de tu honor, y te es tan duro el estar así desnuda, eleva estas súplicas a aquel en cuyos brazos no te enojó estar desnuda aquella noche que bien recuerdas, sintiendo cómo yo andaba por tu patio castañeteando los dientes y pataleando la nieve, y hazte ayudar por él, hazte por él traer tus ropas, pídele a él la escala por donde bajes, pon en él el cuidado de tu honor, aquel por quien ahora y otras mil veces no has dudado en ponerlo en peligro. ¿Cómo no lo llamas que venga a ayudarte? ¿Y a quién le corresponde más que a él? Eres suya: ¿y qué cosas guardará o cuidará si no te guarda y te ayuda a ti? Llámalo, estúpida, y prueba si el amor que le tienes y tu sabiduría junto con la suya pueden librarte de mi necedad; la cual, solazándote con él le preguntaste qué le parecía mayor si mi necedad o el amor que le tenías. Y no me hagas ahora cortesía de lo que no deseo ni podrías negármelo si lo desease; guarda para tu amante tus noches, si sucede que salgas de aquí viva; son tuyas y suyas: yo tuve bastante con una y me basta haber sido burlado una vez. Y ahora, usando tu astucia al hablar, te ingenias en alabarme para conquistar mi benevolencia y me llamas noble y valeroso, y tácitamente te ingenias en que yo, como magnánimo, me abstenga de castigarte de tu maldad; pero tus lisonjas no me oscurecen ahora los ojos del intelecto, como hicieron antes tus desleales promesas; yo me conozco, y sobre mí mismo no aprendí tanto mientras estuve en París cuanto tú me hiciste saber en una noche de las tuyas. Pero presuponiendo que yo fuese magnánimo, no eres tú de aquellas en quienes la magnanimidad deba mostrar sus efectos: el fin del castigo en las fieras salvajes como eres tú (e igualmente de la venganza) debe ser la muerte, mientras en los hombres debe bastar lo que tú has dicho. Por lo que, aunque yo no sea águila, sabiendo que tú eres no paloma sino venenosa serpiente, como a antiquísimo enemigo, con todo odio y con toda la fuerza entiendo perseguirte; y con todo, esto que te hago no puede muy propiamente llamarse venganza sino mucho mejor castigo, en cuanto la venganza debe sobrepasar a la ofensa y esto ni llegará a igualarla; por lo cual, si yo quisiese vengarme mirando en qué partido pusiste mi vida, no me bastaría quitarte la vida ni otras ciento iguales a la tuya, porque sólo mataría a una vil y abyecta y mala hembra. ¿Y por qué diablo, si quitas tu poquito rostro, al que unos pocos años estropearán llenándolo de arrugas, eres más tú que cualquier triste sierva? ¡Y no quedó por ti hacer morir a un hombre valeroso, como me has llamado poco antes, cuya vida aún podrá en un día ser más útil al mundo que cien mil iguales a la tuya podrán mientras el mundo dure! Aprenderás ahora con este dolor que sufres qué es escarnecer a los hombres que tienen algún sentimiento, y qué es escarnecer a los escolares, y te dará materia para no caer nunca más en tal locura, si sales de ésta. Pero si tienes tan grande deseo de

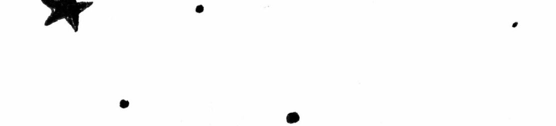
bajar, ¿por qué no te arrojas de ahí? Y en un punto, con la ayuda de Dios, quebrándote el cuello, saldrás del dolor en el que te parece estar y me darás la mayor alegría del mundo. No voy a decirte más ahora: tanto pude yo que hasta ahí te hice subir; haz tú ahora de manera que bajes, como supiste burlarte de mí.

Mientras el escolar esto decía, la desdichada mujer lloraba continuamente y el tiempo pasaba, subiendo más alto aún el sol. Pero cuando vio que se callaba, dijo:

–¡Ah!, cruel, si tan dura te fue aquella maldita noche y te parece mi pecado tan grande que no pueden moverte a compasión ni mi joven hermosura ni las amargas lágrimas ni los humildes ruegos, muévate al menos algo (y disminuya tu severa rigidez este solo acto mío) el haberme recientemente confiado a ti y descubierto todos mis secretos, con los que he dado lugar a tu deseo de poder hacerme conocedora de mi culpa, como sea que si no me hubiese fiado yo de ti ningún camino tenías para poderte vengar, lo que muestras haber deseado con tanto ardor. ¡Ah!, deja tu ira y perdóname ya: estoy dispuesta, si me perdonas y me haces bajar de aquí, a abandonar por completo al desleal joven y tenerte a ti solo por amador y por señor, por mucho que aborrezcas mi belleza, mostrando que es corta y poco valiosa: la cual, tal cual es, como la de las demás, digna es de estima, aunque sólo fuera porque la vanidad y el juego y el placer son propios de la juventud de los hombres, y tú no eres viejo. Y aunque cruelmente me estás tratando, no puedo creer por ello que quisieras verme morir de muerte tan deshonrosa como sería la de arrojarme desde aquí como una desesperada delante de tus ojos, a los cuales, si no eras entonces ya mentiroso como lo has sido ahora, tanto agradé. ¡Ah! Apiádate de mí, por Dios y por piedad; el sol comienza a calentar demasiado, y como el poco fresco de esta noche me ofendió, así el calor comienza a darme ahora grandísima molestia.

A lo que el escolar, que por divertirse le daba conversación, repuso:

–Señora, tu confianza no se ha puesto ahora en mis manos porque sintieras amor por mí sino por recuperar lo que habías perdido, y por ello nada merece sino un mal mayor; y locamente crees si crees que sólo este camino se me ofrecía para la deseada venganza. Tenía otros mil, y mil trampas con fingir que te amaba te había tendido bajo los pies, y poco tiempo era preciso para que por necesidad (si esto no hubiese sucedido) hubieras caído en una de ellas y en mayor dolor y vergüenza del que ahora sientes; y seguí éste no por concederte ventajas, sino por contentarme más pronto. Y si todas me hubiesen fallado no me fallaba la pluma, con la cual tales y tantas cosas hubiera escrito de ti y de tal manera que, enterándote tú de ellas (que te enterarías), habrías deseado no haber nacido mil veces al día. La fuerza de la pluma es mucho mayor de lo que creen aquellos que con su conocimiento no la han experimentado. Juro ante Dios (y así él me conceda terminar esta venganza como la he empezado) que habría escrito de ti cosas que no ante las demás personas, sino ante ti misma avergonzándote, te habrías sacado los ojos para no verte más; y por ello, no reproches al mar haber crecido con un pequeño arroyo. En tu amor y en que seas mía no tengo, como ya te he dicho, ningún interés; sé de quién has sido, si puedes, al cual tal como lo he odiado antes lo quiero ahora, pensando en lo que te ha hecho. Vosotras andáis enamorando y deseando el amor de los jóvenes, porque los veis con las carnes un poco más vivas y con las barbas más negras, y muy erguidos ir a danzar y ajustar; las cuales cosas todas las tuvieron los que son de más edad, y además saben ya lo que aquéllos tienen que aprender. Y además de ello, los juzgáis mejores caballeros y que hacen jorna-



das de más millas que los hombres más maduros. Ciertamente confieso yo que con más fuerza sacuden ellos las pellizas; pero los de más edad, como experimentados saben mejor dónde están las pulgas, y con mucho ha de elegirse antes lo poco y sabroso que lo mucho e insípido; y el trotar mucho rompe y cansa a cualquiera, aunque sea joven, mientras el andar suavemente, aunque un poco más tarde haga llegar a otros a casa, por lo menos los conduce con descanso. Vosotras no os apercibís, animales sin inteligencia, cuán grande mal bajo aquella poca hermosura está escondido. No se contentan los jóvenes con una sino que a cuantas ven a tantas desean, de tantas les parece ser dignos; por lo que su amor no puede ser estable, y tú ahora como prueba puedes verte de ello veracísimo testigo. Y les parece ser dignos de ser reverenciados y mimados por las mujeres y no tienen por mayor otra gloria que alabarse de las que han gozado, fallo que ya ha conducido a muchas bajo los frailes, que no lo cuentan. Y aunque digas tú que nunca supo nadie tus amores sino tu criada y yo, mal informada estás y mal crees si así lo crees. En su barrio no se habla sino de ello, y en el tuyo; pero la mayoría de las veces es el último a quien tales cosas llegan a los oídos, aquel a quien se refieren. Ellos, además, os roban, mientras los de edad os regalan. Tú, pues, que mal elegiste, sé de aquel a quien te entregaste, y a mí, a quien escarneciste, déjame ser de otra, que he encontrado mujer de mucho mayor bien que lo eres tú, que mejor me ha conocido de lo que tú hiciste. Y para que del deseo de mis ojos puedas llevarte al otro mundo mayor seguridad que la que parece que te dan mis palabras, arrójate de ahí pronto, y tu alma, como espero, recibida en los brazos del diablo, podrá ver si mis ojos de haberte visto cabeza abajo caer se turban o no. Pero como creo que con tanto no querrás alegrarme, te digo que si el sol comienza a quemarte te acuerdes del frío que me hiciste sufrir, y si lo mezclas con este calor, sin falta sentirás el sol templado.

La desconsolada mujer, viendo que a pesar de todo a un fin cruel iban a parar las palabras del escolar, volvió a llorar de nuevo y dijo:

–Mira, pues que nada de lo mío te mueve a piedad, muévate el amor que tienes a esa mujer más discreta que yo que dices que has encontrado y de quien dices que eres amado, y perdóname por amor suyo y tráeme mis ropas para que pueda cubrirme, y haz que me bajen de aquí.

El escolar entonces se echó a reír, y viendo que ya la hora de tercia había pasado hacía rato, contestó:

–Mira, ahora no sé decir que no, pues por tal mujer me lo has rogado: dime dónde están y yo iré por ellas y te haré bajar de ahí.

La mujer, creyéndole, algo se consoló y le enseñó el lugar donde había puesto sus ropas. El escolar, saliendo de la torre, mandó a su criado que no se fuese de allí, sino que se quedase cerca y todo lo que pudiera vigilase para que nadie entrara hasta que él no hubiese vuelto; y dicho esto, se fue a casa de su amigo y allí almorzó con gran calma y luego, cuando le pareció oportuno, se fue a dormir. La mujer, sobre la torre quedándose, aunque estuviese algo consolada por una necia esperanza, sobremanera dolorida se enderezó y se sentó apoyándose en la parte del muro donde había un poco de sombra, y se puso a esperar acompañada de amarguísimos pensamientos; y ora pensando ora llorando, y ora desesperando de la vuelta del escolar con las ropas, y saltando de un pensamiento a otro, como quien por el dolor estaba vencida y que nada había dormido la noche anterior, se quedó dormida. El sol, que era ardentísimo, habiendo ya subido al mediodía, hería derecho y a la descubierta el tierno y delicado cuerpo de ella, y también su cabeza, que estaba descubierta, con tanta fuerza que no solamente le quemó todo lo que se veía de las carnes,



sino que se las abrió en diminutas llagas; y fue tal la quemadura que aunque dormía profundamente, la hizo despertarse. Y sintiendo que se quemaba, moviéndose un tanto, le pareció que toda la quemada piel se le abría y estallaba, tal como vemos sucederle a un pergamino quemado si alguien tira de él; y además de esto, le dolía tan fuertemente la cabeza que parecía que se rompiese a pedazos, lo que ninguna maravilla era. Y el terrado de la torre estaba tan hirviente que ni con el pie ni con otra cosa podía en él hallar lugar; por lo cual, sin estarse quieta, de aquí para allá se cambiaba de lugar llorando. Y además de esto, no haciendo nada de viento, había allí moscas y tábanos en cantidad abundante, los cuales, poniéndosele sobre las carnes abiertas, tan fieramente la aguijoneaban que cada una le parecía la punzada de un espetón, por lo que de mover las manos de un lado para otro no descansaban, maldiciéndose a sí misma y a su vida, a su amante y al escolar. Y estando así angustiada y espoleada y atravesada por el incalculable calor, por el sol, por las moscas, por los tábanos y también por el hambre, pero mucho más por la sed, y por la añadidura de mil desagradables pensamientos, poniéndose en pie, comenzó a mirar por si veía cerca de sí u oyese a alguna persona, completamente dispuesta a, sucediese lo que sucediese, llamarla y pedirle ayuda. Pero también esto le había quitado su enemiga fortuna. Los labradores se habían ido del campo por el calor y además aquel día ninguno había ido allí cerca a trabajar porque junto a sus casas estaban trillando la mies; por lo que ninguna otra cosa oía sino cigarras, y veía el Arno, el cual, despertándole deseo de sus aguas, no disminuía su sed, sino que la acrecentaba. Veía, también, en muchos lugares bosques y sombras y casas, todas las cuales deseándolas por igual, la angustiaban. ¿Qué diremos más de la desventurada viuda? El sol por arriba y el ardor del terrado por abajo, y las heridas de las moscas y los tábanos por los lados, de tal manera la habían puesto que ella, que la noche pasada con su blancura vencía a las tinieblas, entonces, roja como el almagre y toda manchada de sangre, habría parecido a quien la hubiese visto la cosa más fea del mundo. Y estando así, sin nada pensar ni esperar, más esperando la muerte que otra cosa, siendo ya pasada la mitad de nona, el escolar, levantándose de dormir y acordándose de su señora, para ver lo que era de ella se volvió a la torre, y a su criado, que estaba todavía en ayunas, lo mandó a comer; al cual, habiéndolo la mujer sentido, débil y angustiada por el grave dolor, vino sobre el saledizo y, sentándose, comenzó a decir llorando:

–Rinieri, bien y fuera de toda medida te has vengado que, si yo te hice congelarte de noche en mi patio, tú me has hecho asar de día sobre esta torre, y aun quemar, y además de ello, morir de hambre y de sed; por lo que te ruego por el único Dios que subas aquí, y puesto que no me sufre el ánimo darme a mí misma la muerte, dámela tú, que la deseo más que otra cosa, tanto y tal es el tormento que siento. Y si esta gracia no quieres hacerme, al menos hazme traer un vaso de agua, que pueda mojarme la boca, a la que no bastan mis lágrimas de tanta sequedad y ardor que tengo por dentro.

Bien conoció el escolar en la voz su debilidad, y también vio su cuerpo todo abrasado al sol, por las cuales cosas y por sus humildes ruegos un poco de compasión sintió por ella; pero, sin embargo, respondió:

–Mujer malvada, no morirás tú a mis manos; morirás por las tuyas si ganas te dan; y tanta agua recibirás de mí para aliviar tu calor cuanto fuego yo tuve para mitigar mi frío. Y mucho lamento que la enfermedad que me causó a mí el frío con el calor del hediondo estiércol tuvo que curarse, mientras la de tu calor se curará con el frescor de la olorosa agua de rosas; y mientras yo estuve a punto de perder los nervios y la vida, tú, despellejada con este calor, no de otro modo quedarás hermosa que como hace la serpiente al dejar la vieja piel.

–¡Oh mísera de mí! –dijo la mujer–, esta hermosura conseguida de tal manera otorgue Dios a las personas que mal me quieren; pero tú, más cruel que fiera alguna, ¿cómo has podido sufrir desgarrarme de esta manera? ¿Qué debía esperar yo de ti ni de ningún otro si bajo crueles tormentos hubiese matado a todos tus parientes? Ciertamente no sé qué crueldad mayor podría haberse usado con un traidor que toda

una ciudad hubiese pasado a cuchillo, que la que tú has tenido conmigo al hacerme asar al sol y ser comida por las moscas; y además de esto, no querer darme un vaso de agua, pues a los homicidas condenados por los tribunales cuando van a su muerte se les da a beber vino muchas veces si ellos lo piden. Ahora bien, puesto que te veo firme en tu acerba crueldad y que mi sufrimiento no te conmueve, con paciencia me dispondré a recibir la muerte para que Dios tenga misericordia de mi alma, al cual ruego que con justicieros ojos esta tu acción contemple.

Y dichas estas palabras, se arrastró con dura pena hasta el centro del terrado, desesperando de poder escapar a tan ardiente calor; y no una vez sino mil, además de sus otros dolores, creyó morir de sed, llorando siempre fuerte y de su desgracia doliéndose. Pero llegado ya el crepúsculo y pareciéndole al escolar haber hecho bastante, haciendo recoger las ropas de ella y envolviéndolas en la capa del criado, se fue a la casa de la mísera mujer y allí, desconsolada y triste y sin saber qué hacer encontró a su criada sentada a la puerta; a la cual dijo:

–Buena mujer, ¿qué es de tu señora?

A quien la criada respondió:

–Señor, no lo sé; esta mañana creí que la encontraría en la cama adonde ayer por la noche me había parecido verla irse, pero no la he encontrado ni allí ni en ningún otro lugar y no sé qué le habrá sucedido, por lo que vivo con grandísimo dolor; pero vos, señor, ¿sabríais decirme algo de ella?

A lo que el escolar repuso:

–¡Así te hubiese tenido a ti junto con ella donde la he tenido, para haberte castigado de tu culpa como la he castigado a ella de la suya! Pero seguramente no te me escaparás sin que te pague tan bien por tus obras que nunca te burles de ningún hombre bueno sin acordarte de mí.

Y dicho esto, dijo a su criado:

–Dale esas ropas y dile que vaya a buscarla si quiere.

El criado hizo lo que le mandaba; por lo que la mujer, cogiéndolas y reconociéndolas, oyendo lo que le habían dicho, mucho temió que la hubiese matado, y a duras penas se contuvo de gritar; y echándose a llorar, habiéndose ya ido el escolar, con ellas se fue corriendo hacia la torre. Había, por desventura, aquel día, un labrador de esta señora extraviado dos cerdos, y andando en su busca, poco después de la partida del escolar llegó a aquella torrecilla, y mirando por todas partes a ver si veía sus cerdos, sintió el miserable llanto de la desventurada mujer; por lo que, subiendo allí cuanto pudo, gritó:

–¿Quién está llorando ahí?

La señora conoció la voz de su labrador, y llamándolo por el nombre, dijo:

–¡Ah, vete a por mi criada y haz de manera que ella pueda venir aquí arriba a buscarme!

El labrador, conociéndola, dijo:

–¡Ay, señora!, ¿y quién os subió ahí? Vuestra criada está todo el día buscándoos; ¿pero quién hubiera pensado que estuvieseis ahí?

Y cogiendo los largueros de la escala, comenzó a ponerla en donde estar solía y a atarlos con vilortas y palos de un lado a otro; y en éstas, la criada apareció y, entrando en la torre, no pudiendo ya contener la voz, dándose golpes con las palmas de las manos, comenzó a gritar:

–¡Ay, dulce señora mía!, ¿dónde estáis?

La señora, oyéndola, lo más fuerte que pudo, dijo:

–¡Oh, hermana mía, estoy aquí arriba! No llores sino que tráeme pronto mis ropas.

Cuando la criada la oyó hablar, casi por completo consolada, subió por la escala ya casi completamente arreglada por el labrador, y ayudada por él, llegó al terrado; y viendo a su señora que no parecía tener cuerpo humano sino ser el tronco de una vid achicharrado por el fuego, toda vencida, toda inerte, yaciendo desnuda en tierra, arañándose el rostro comenzó a llorar sobre ella no de otra manera que si estuviese muerta. Pero la señora le rogó por Dios que se callara y le ayudase a vestirse; y habiendo sabido por ella que nadie sabía dónde había estado sino los que le habían llevado las ropas y el labrador que al presente estaba allí, un tanto consolada por ello, les rogó por Dios que nunca a nadie dijesen nada de aquello. El labrador, luego de mucha charla, llevando a la señora en brazos, porque no podía andar, segura-

mente la sacó de la torre. La desdichada criada, que detrás se había quedado, bajando menos cuidadosamente, se torció un pie y cayó de la escala al suelo rompiéndose una cadera, y con el dolor que sentía comenzó a bramar que parecía un león. El labrador, dejando a la señora en un prado, fue a ver qué tenía la criada, y hallándola con la cadera rota, igualmente la llevó al prado y la dejó junto a su señora; la cual, viendo esto añadirse a sus males, y haberse roto la cadera aquella por quien esperaba ser ayudada más que por nadie, triste sin medida comenzó de nuevo su llanto tan miserablemente que no sólo el labrador no pudo consolarla sino que también él comenzó a llorar. Pero estando ya bajo el sol, para que aquí no les cogiese la noche, tal como plugo a la desconsolada señora, fue a su casa y llamando a dos de sus hermanos y a la mujer, y volviendo allí con una tabla, sobre ella colocaron a criada y señora y a casa las llevaron; y reconfortada la señora con un poco de agua fresca y con buenas palabras, cogiéndola el labrador en brazos, la llevó a su alcoba. La mujer del labrador, habiéndole dado de comer pan ensopado y desnudándola luego, la metió en la cama, y organizaron las cosas de manera que ella y su criada fuesen de noche llevadas a Florencia; y así se hizo. Allí, la señora, que gran acopio de embustes tenía, inventando una fábula muy diferente de las cosas sucedidas, tanto de ella como de su criada hizo creer a sus hermanos, y a sus cuñadas y a todas las demás personas, que por arte de los demonios esto les había sucedido. Los médicos fueron prestamente y no sin grandísimo dolor y sufrimiento de la señora, que toda la piel dejó muchas veces pegada a las sábanas, de una grave fiebre y de otros accidentes la curaron, y semejantemente a la criada de la cadera; por la cual cosa la señora, olvidado su amante, de entonces en adelante de hacer burlas y de amar se guardó prudentemente; y el escolar, oyendo que a la criada se le había roto la pierna y pareciéndole haber logrado completa venganza, contento, dejó las cosas así. Así pues, esto fue lo que sucedió a la necia joven por sus burlas, por creer que podía divertirse con un escolar como habría podido con otros, no sabiendo que éstos (no digo todos pero sí la mayor parte) saben dónde tiene la cola el diablo. Y, por ello, señoras, guardaos de las burlas, y especialmente a los escolares.



Los amigos generosos

De dos amigos que siempre están juntos uno se acuesta con la mujer del otro, este otro, apercibiéndose, de acuerdo con su mujer lo encierra en un arcón sobre el cual, estando aquél dentro, con la mujer de él se acuesta.

Graves y dolorosos habían sido los casos de Elena a los oídos de las señoras, pero porque en parte estimaban que le habían ocurrido justamente, con más moderada compasión los habían sobrellevado, aunque inflexible y fieramente constante, así como cruel, reputasen al escolar. Pero habiendo Pampínea llegado al fin, la reina ordenó a Fiameta que continuase; la cual, deseosa de obedecer, dijo:

–Amables señoras, como me parece que os ha causado alguna amargura la severidad del ofendido escolar, estimo que sea conveniente ablandar con alguna cosa más deleitable los exasperados espíritus; y por ello entiendo contaros una historieta sobre un joven que con ánimo más manso recibió una injuria, y la vengó con una acción más moderada; por la cual podréis comprender que cada uno debe contentarse, como el asno, con recibir cuanto ha dado contra la pared, sin desear (sobrepasando las conveniencias de la venganza) injuriar cuando lo que pretende es vengar la recibida injuria.

Debéis, pues, saber, que en Siena, como he oído decir, hubo dos jóvenes asaz acomodados y de buenas familias plebeyas, de los cuales uno se llamaba Spinelloccio de Távena y el otro Zeppa de Mino, y los dos eran vecinos en Cainollia. Estos dos jóvenes siempre estaban juntos y, a lo que parecía se amaban como si fuesen hermanos o más; y cada uno tenía por mujer a una muy hermosa. Ahora bien, sucedió que yendo Spinelloccio muy frecuentemente a casa de Zeppa, estando allí Zeppa o sin estar, de tal manera intimó con la mujer de Zeppa que comenzó a acostarse con ella; y así continuaron durante bastante tiempo sin que nadie se apercibiese. Pero al cabo, estando un día Zeppa en casa y no sabiéndolo su mujer, Spinelloccio vino a buscarlo. La mujer dijo que no estaba en casa; con lo que Spinelloccio, subiendo prestamente y encontrando a la mujer en la sala, y viendo que nadie más había, abrazándola, comenzó a besarla, y ella a él. Zeppa, que esto vio, no dijo palabra sino que se quedó escondido para ver a dónde llegaba aquel juego; y en breve vio a su mujer y a Spinelloccio irse así abrazados a la alcoba y encerrarse en ella; de lo que mucho se enfureció. Pero sabiendo que ni por hacer un alboroto ni por otra cosa se aminoraría su ofensa, sino que crecería el deshonor, se puso a pensar qué venganza podría tomar que, sin divulgarse, tranquilizase a su ánimo. Y después de mucho pensar, pareciéndole haber encontrado el modo, estuvo tanto tiempo escondido cuanto Spinelloccio estuvo con su mujer; y en cuanto se hubo ido entró él en su alcoba, donde encontró a su mujer que todavía no había terminado de colocarse en la cabeza la toca, que jugueteando Spinelloccio le había desordenado; y dijo:

–Mujer, ¿qué haces?

A lo que la mujer respondió:

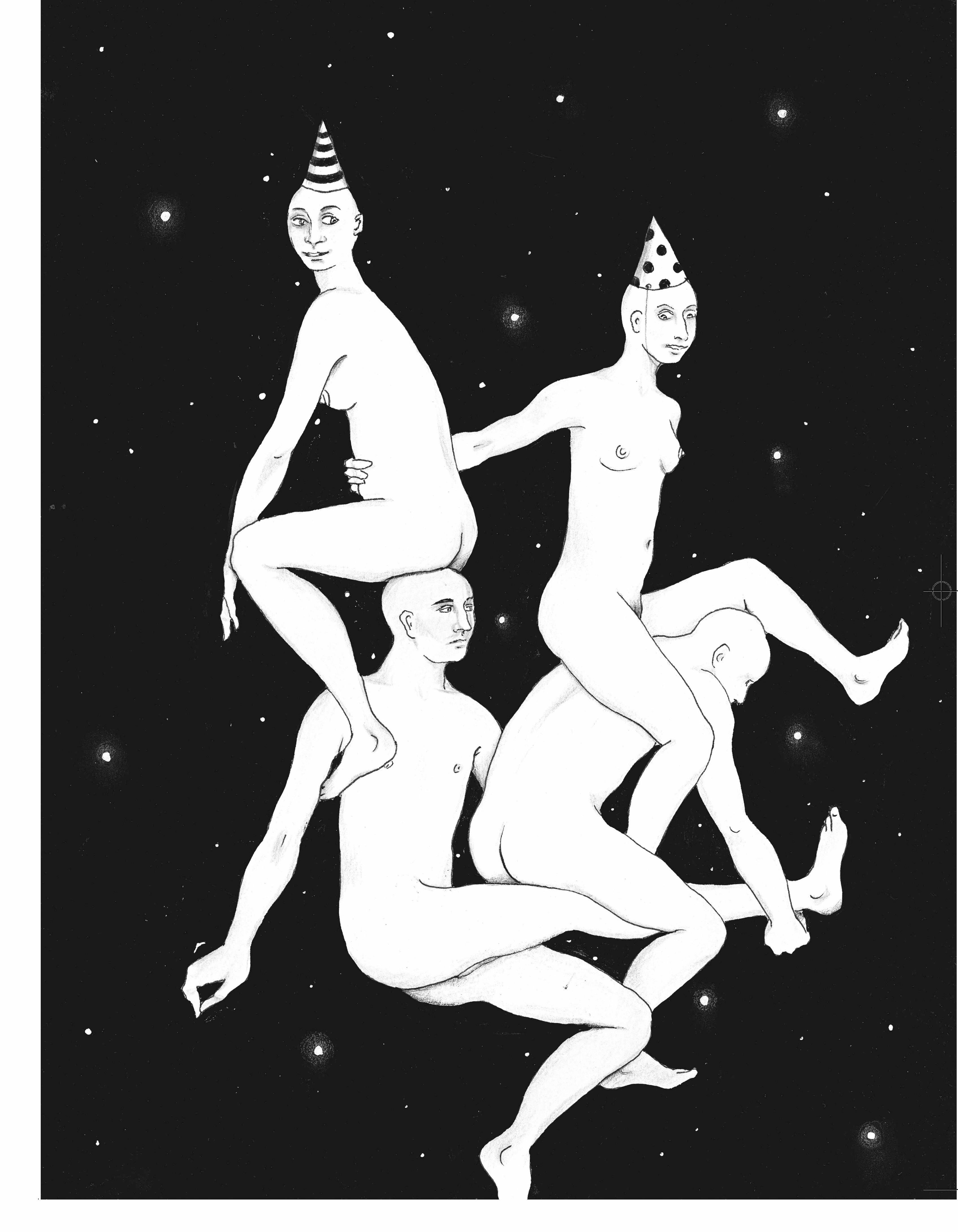
–¿No lo ves?

Dijo Zeppa:

–Bien lo veo, ¡y también he visto otra cosa que no querría!

Y con ella empezó a hablar de las cosas ocurridas; y ella, con grandísimo temor, después de mucho darle vueltas, habiéndole confesado lo que claramente negar no podía de su intimidad con

Spinefloccio, llorando comenzó a pedirle perdón. A quien Zeppa dijo:
–Mira, mujer, has hecho mal; y si quieres que te lo perdone piensa en hacer obedientemente lo que voy a ordenarte, que es esto: quiero que digas a Spinelloccio que mañana por la mañana hacia la hora de tercia encuentre alguna razón para separarse de mí y venir contigo; y cuando esté aquí, yo volveré, y al oírme, hazlo meterse en este arcón y enciérralo dentro; luego, cuando hayas hecho esto, te diré lo demás que tienes que hacer; y en hacer esto no tengas ningún temor porque te prometo que no le haré ningún mal.
La mujer, por satisfacerle, dijo que lo haría; y así lo hizo. Llegado el día siguiente, estando Zeppa y Spinelloccio juntos, hacia la hora de tercia, Spinelloccio, que había prometido a la mujer ir a verla a aquella hora, dijo a Zeppa:
–Esta mañana tengo que ir a almorzar con un amigo a quien no quiero hacer esperar, así que quédate con Dios.
Dijo Zeppa:
–Todavía no es hora de almorzar hasta dentro de un rato.
Spinelloccio dijo:
–No importa; tengo también que hablar con él de un asunto mío; de manera que me conviene estar temprano.
Separándose, pues, Spinelloccio de Zeppa, dando una vuelta, se fue a su casa con su mujer; y había acabado de entrar en la alcoba cuando Zeppa volvió; el cual, al sentirlo la mujer, mostrándose muy miedosa, le hizo meterse en el arcón que su marido le había dicho, y lo encerró dentro y salió de la alcoba. Zeppa, llegando arriba, dijo:
–Mujer, ¿es hora de almorzar?
La mujer respondió:
–Si, ya es.
Dijo entonces Zeppa:
–Spinelloccio ha ido a almorzar con un amigo suyo y ha dejado sola a su mujer; asómate a la ventana y llámala, y dile que venga a almorzar con nosotros.
La mujer, temiendo por ella misma, y por eso muy obediente, hizo lo que el marido le ordenaba. La mujer de Spinelloccio, rogándoselo mucho la mujer de Zeppa, vino allí al oír que su marido no venía a almorzar; y cuando ella hubo llegado, Zeppa, haciéndole grandes halagos y cogiéndola familiarmente por la mano, mandó en voz baja a su mujer que se fuese a la cocina, y a ella se la llevó a la alcoba; y cuando estuvo allí quedándose atrás, cerró la alcoba por dentro. Cuando la mujer le vio cerrar la alcoba por dentro, dijo:
–¡Ay, Zeppa!, ¿qué quiere decir esto? ¿Éste es el amor que tenéis a Spinelloccio y la leal compañía que me hacéis?
A quien Zeppa, acercándose al arcón donde estaba encerrado su marido y agarrándola bien, dijo:
–Señora, antes de quejarte, escucha lo que voy a decirte: yo he amado y amo a Spinelloccio como a un hermano; y ayer, sin saberlo él, me encontré con que la confianza que yo tenía en él había llegado a que él con mi mujer se acuesta como lo hace contigo; ahora bien, como le amo, no entiendo tomar otra venganza contra él sino la que iguale a la ofensa: él ha tenido a mi mujer y yo entiendo tenerte a ti. Si tú no quieres, tendré que cogerlo en ello y como no pienso dejar esta ofensa sin castigo, le daré uno con el que ni tú ni él estaréis nunca contentos.
La mujer, al oír esto, y luego de muchas confirmaciones que le dio Zeppa, creyéndole, dijo:
–Zeppa mío, puesto que esta venganza debe caerme encima, estoy contenta de ello, siempre que hagas que esto que debemos hacer no me enemiste con tu mujer tal como yo espero seguir en paz con ella a pesar de lo que me ha hecho.
A quien Zeppa contestó:
–Con seguridad eso haré; y además de ello te daré una joya tan hermosa y preciada como ninguna otra tienes.
Y dicho esto, abrazándola y comenzando a besarla, la echó sobre el arcón donde estaba encerrado su marido, y allí encima, cuanto le plugo se solazó con ella y ella con él. Spinelloccio, que en el arcón estaba y había oído todas las palabras dichas por Zeppa y la respuesta de su mujer, y luego había sentido la danza trevisana que le bailaban sobre la cabeza, durante un rato grandísimo sintió tal dolor que le parecía morir; y si no fuese porque temía a Zeppa, le habría gritado a su mujer un gran insulto, así encerrado como estaba. Luego, pensando mejor que la injuria la había empezado él y que Zeppa tenía razón en hacerle lo que le hacía y que hacia él se había comportado humanamente y como amigo, se dijo a sí mismo que debía ser más amigo que



nunca de Zeppa, si éste quería. Zeppa, después de estar con la mujer cuanto quiso, bajó del arcón, y pidiéndole la mujer la joya prometida abriendo la alcoba, hizo venir a su mujer, la cual no dijo otra cosa sino:
–Señora me habéis dado un pan por unas tortas –y lo dijo riéndose.
A quien Zeppa dijo:
–Abre ese arcón –y ella lo hizo; dentro del cual enseñó a la señora a su Spinelloccio. Y largo sería de decir cuál de los dos se avergonzó más, si Spinelloccio viendo a Zeppa y sabiendo que sabía lo que él había hecho, o la mujer viendo a su marido y conociendo que él había oído y sentido lo que le había hecho sobre la cabeza.
A la cual dijo Zeppa:
–Aquí está la joya que te doy.
Spinelloccio, saliendo del arcón, sin gastar muchas palabras, dijo:
–Zeppa, estamos igualados, y por ello está bien, como le decías antes a mi mujer, que sigamos siendo amigos como solíamos: y no teniendo entre nosotros nada que no sea común sino las mujeres, que también las mujeres compartamos.
Zeppa estuvo contento, y en la mayor paz del mundo almorzaron los cuatro juntos; y de entonces en adelante cada una de aquellas mujeres tuvo dos maridos y cada uno de ellos tuvo dos mujeres sin que tuvieran nunca ninguna discusión ni enfado por aquello.



NOVELA NOVENA

El premio a la cortesía

El maestro Simón, médico, habiendo sido hecho ir por Bruno y Buffalmacco (para entrar en una compañía que van de corsarios) de noche a cierto lugar, es arrojado por Buffalmacco en una fosa de inmundicias y abandonado allí.

Luego de que las señoras un rato hubieron hablado de la comunidad de mujeres establecida por los dos sieneses, la reina, a quien sólo quedaba el novelar (si no quería hacerse injuria a Dioneo), comenzó:
–Muy merecidamente, amorosas señoras, ganó Spinelloccio la burla que le fue hecha por Zeppa; por la cual cosa no me parece que agriamente deba ser reprendido, como Pampínea quiso hace poco demostrar, quien burla a quien lo va buscando o que se lo mereció. Spinelloccio se lo mereció, y yo entiendo hablar de uno que lo fue buscando, estimando que quienes se la gastaron no fueron dignos de reproche sino de alabanzas. Y aquel a quien se la gastaron fue un médico que de Bolonia volvió a Florencia todo cubierto de pieles de armiño.
Tal como todos los días vemos, nuestros conciudadanos vuelven aquí de Bolonia cuál juez, cuál médico, cuál notario, con las ropas largas y anchas y con las escarlatas y con los armiños y con otras muchas apariencias de grandeza, a las cuales cómo siguen los hechos también lo vemos todos los días. Entre los cuales, un maestro Simón de la Villa, más rico en bienes paternos que en ciencia, no hace mucho tiempo, vestido de escarlata y con una gran beca, doctor en medicina como él mismo se decía, aquí volvió, y se aposentó en la calle que nosotros llamamos hoy Vía del Cocomero. Este maestro Simón, recientemente llegado, como se ha dicho, entre sus otras costumbres notables tenía la costumbre de preguntar a quien con él estuviese quién era cualquier hombre que hubiese visto pasar por la calle; y como si de los actos de los hombres debiese componer la medicina que tenía que dar a sus enfermos, en todos se fijaba y lo recordaba todo. Y entre los demás en quienes con más interés puso los ojos, hubo dos pintores sobre los que aquí se ha hablado hoy dos veces, Bruno y Buffalmacco, que siempre estaban juntos y eran sus vecinos. Y pareciéndole que estos dos menos preocupaciones que nadie en el mundo tenían y vivían muy alegremente, cómo vivían y cuál era su condición preguntó a muchas personas; y oyéndoles a todos que aquéllos eran hombres pobres y pintores, se le metió en la cabeza que no debía poder ser que tan alegremente viviesen en su pobreza sino que pensó (porque había oído que eran hombres astutos) que de algún otro lugar no sabido por los hombres lograban grandísimos beneficios, y por ello dio en el deseo de querer, si podía, con los dos o por lo menos con uno tener amistad, y le ocurrió hacer amistad con Bruno. Y Bruno, conociendo en las pocas veces que con él había estado que este médico era un animal, comenzó a divertirse con él cuanto podía con sus historias; y semejantemente el médico comenzó a tomar de él maravilloso placer. Y habiéndolo una vez invitado a comer con él y por ello creyendo que podía hablar con él en confianza, le dijo la maravilla que le causaban él y Buffalmacco que, siendo hombres pobres, tan alegremente vivían, y le rogó que le enseñase cómo hacían. Bruno, oyendo al médico y pareciéndole la pregunta una de las suyas, necias e insípidas, comenzó a reírse y pensó en responderle según a su borreguez correspondía, y dijo:
–Maestro, no le diría a muchas personas lo que hacemos, pero de decírselo a vos, que sois amigo y que sé que a nadie más lo diréis, no me guardaré. Es verdad que mi compañero y yo vivimos tan alegremente y tan bien como os parece, y mucho más; y no es de nuestro oficio ni de ningún otro fruto que podamos sacar de nuestras posesiones, de donde no podríamos pagar ni siquiera el agua que necesitamos; y no quiero por ello que creáis que andamos robando sino que andamos de corsarios, y de esto todo lo que necesitamos y nos gusta, sin daño de un tercero, lo sacamos

todo; y de esto viene el alegre vivir que nos veis.
El médico, al oír esto, y sin saber qué era, creyéndolo, se maravilló mucho, y súbitamente entró en ardentísimo deseo de saber qué era andar de corsarios, afirmándole que por cierto nunca se lo diría a ninguna persona.
–¡Ay! –dijo Bruno–, maestro, ¿qué me pedís? Es un secreto demasiado grande el que queréis saber, y es cosa que me destruiría y me arrojaría del mundo y también que me pondría en boca del Lucifer de San Gallo si otra persona lo supiese: pero es tan grande el amor que siento por vuestra cualitativa melonez de Legnaia y la fe que en vos tengo, que no puedo negaros nada que queráis; y por ello os lo diré, con la condición de que me juréis por la cruz de Montesori que nunca, como lo habréis prometido, lo diréis.
El maestro afirmó que no lo haría.
–Debéis, pues, saber –dijo Bruno–, endulzado maestro mío, que no hace mucho que hubo en esta ciudad un gran maestro de nigromancia que tuvo por nombre Michele Scotto, porque era de Escocia y que de muchos gentileshombres de los cuales pocos están hoy vivos, recibió grandísimo honor; y queriendo irse de aquí, a instancia de sus ruegos dejó a dos de sus capaces discípulos, a quienes ordenó que a todos los gustos de estos tales gentileshombres que le habían honrado estuviesen siempre dispuestos. Éstos, pues, servían a los dichos gentileshombres en ciertos amores suyos y en otras cosas libremente; luego, gustándoles la ciudad y las costumbres de los hombres, se dispusieron a estar siempre unidos en grande y estrecha amistad con algunos, sin mirar que fuesen más o menos nobles que no nobles, ni más ricos que pobres, solamente que fuesen hombres conforme a su gusto. Y por complacer a estos tales amigos suyos, organizaron una compañía de unos veinticinco hombres, los cuales al menos dos veces al mes tuvieran que reunirse en algún lugar concertado entre ellos; y estando allí, cada uno les dice a éstos su deseo y prestamente ellos lo satisfacen por aquella noche; con los cuales dos teniendo Buffalmacco y yo singular amistad y confianza, por ellos en la tal compañía fuimos incluidos, y somos. Y os digo que siempre que sucede que nos reunamos, es cosa maravillosa de ver los tapices que cuelgan en torno a la sala donde comemos y las mesas puestas a la real y la cantidad de nobles y apuestos servidores, tanto hombres como mujeres, al servicio de todos cuantos están en la compañía, y las palanganas, los aguamaniles, los frascos y las copas y las demás vajillas de oro y de plata en las cuales comemos y bebemos; y además de esto los muchos y variados manjares, según lo que cada uno desea, que traen delante de cada uno a su tiempo. No podré jamás pintaros cuántos y cuáles son los dulces sones de los instrumentos infinitos y los cantos llenos de armonía que se oyen allí, ni os podré decir cuánta sea la cera que arde en estas cenas ni cuántos sean los dulces que en ellas se consumen y qué preciados son los vinos que allí se beben. Y no querría, sabrosa calabaza mía, que creyerais que estamos nosotros allí con este traje o con estas ropas que veis; no hay allí ninguno tan desdichado que no parezca un emperador, pues así estamos con ricos vestidos y hermosas cosas adornados. Pero sobre todos los demás placeres que hay allí está el de las mujeres bellas, las cuales inmediatamente, si uno las quiere, le son traídas de cualquier parte del mundo. Veríais allí a la señora de los barbáricos, la reina de los vascos, la mujer del sultán, la emperatriz de Osbech, la charlánfora de Norrueca, la seminstante de Berlinzonia y la astuciertra de Narsia. ¿Y por qué enumerarlas? Están allí todas las reinas del mundo, digo que hasta la chinchimurria del Preste Juán: ¡así que mirad! Y después de que han bebido y han comido dulces, bailado una danza o dos, cada una con aquel a cuyas instancias se la ha hecho venir se va a la alcoba; ¡y sabed que aquellas alcobas parecen un paraíso a la vista, de bellas que son! Y no son menos odoríferas que los tarritos de especias de vuestra tienda cuando mandáis machacar el comino; y tienen camas que parecen más hermosas que las del dogo de Venecia, y a ellas van a reposar. ¡Pues el tejemaneje con las estriberas y las viaderas que se traen las tejedoras para hacer el paño cerrado, os dejaré que lo imaginéis! Pero entre quienes mejor están, según mi parecer, estamos Buffalmacco y yo, porque Buffalmacco la mayoría de las veces hace venir para él a la reina de Francia y yo a la de Inglaterra, las cuales son dos de las más hermosas reinas del mundo; y tanto hemos sabido hacer que no miran más que por nuestros ojos; por lo que por vos mismo debéis juzgar si es que podemos y debemos vivir y andar mucho más contentos que los demás